

VERSOS DE DOLOR E IRA DE CAI¹ YAN

Traducción del chino e introducción de
JOHN PAGE

El Colegio de México

CAI YAN vivió a fines del siglo dos y principios del tres. Fue nieta del famoso estadista y literato Cai Yong (133-192). Según la costumbre, al morir su primer esposo sin que ella hubiera tenido un hijo de él, volvió a la casa de sus padres. Posteriormente, camino de su segundo matrimonio, con un hombre llamado Wei Chong, fue raptada por una tribu Mongol, los Xiong Nu y llevada a Mongolia. La casaron con el rey de los Xiong Nu del sur y al morir éste, y de acuerdo con las costumbres de la tribu, fue casada con el hijo del rey.

En esta época, las postrimerías de la dinastía Han, China pasaba por años de caos. Dong Zho, un general chino listo y sin escrúpulos, de largos años de campaña e intriga en las fronteras de Mongolia, fue inmiscuido en un complot para alterar la sucesión imperial. Llegó tarde a la capital y en la confusión del golpe restauró al joven emperador Xie Di a quien él había venido a destituir, pero otros habían sacado de la capital. Lo mantuvo en el trono mientras consolidaba su propio poder y en 189 lo sustituyó por un príncipe más joven, quien reinó con el título Xian Di (189-220). Hizo matar al joven emperador destronado en el tercer mes de 190 y en ese mismo año quemó la capital de Lo Yang, obligando al nuevo emperador y a la corte a ir a la antigua capital de Chang An. Forzó a Cai Yong, abuelo de Cai Yan,

¹ En el sistema de transliteración oficial del chino a lenguas occidentales, Pinyin, el símbolo C equivale a ts, ej. Pátzcuaro.

a aceptar un puesto oficial, y lo fue ascendiendo de puesto en puesto, en forma poco usual, hasta ennoblecerlo con el grado de Marqués.

La tiranía de Dong Zho llegó a tales extremos de terror que se juntó un grupo de hombres fuertes para derrocarlo. Entre ellos estaba Cao Cao (155-220), posteriormente fundador de la dinastía Wei y poeta reconocido. Los conspiradores persuadieron a Lü Bu, mano derecha del tirano, de asesinar a su jefe en el palacio en 192. Al recibir la noticia, Cai Yong el recién creado Marqués, lamentó el hecho. Fue encarcelado por el nuevo régimen y murió en prisión, a pesar de todos los esfuerzos para liberarlo.

Cao Cao, aprovechando el caos y las intrigas, la juventud y la debilidad del emperador, se fue quedando poco a poco con todo el poder. Fue él quien mandó rescatar a Cai Yan, única descendiente de Cai Yong, para que hubiera quien rindiera los honores a tan ilustre ancestro. Fue Cao Cao también quien obtuvo otro esposo para la malhadada Cai Yan. Probablemente fue necesaria considerable presión para lograr este quinto y último matrimonio puesto que las costumbres dictaban que una viuda debía recluirse por el resto de su vida; volverse a casar era degradante. Además, al casar con el hijo del rey Xiong Nu, su tercer esposo, incurría en una relación incestuosa a la luz de las costumbres chinas. Sin embargo, Cai Yan conservó suficiente influencia aún después de este matrimonio, y pudo, al correr de los años, salvar a su último esposo de una sentencia de muerte.²

Durante los siglos de la historia de China, las tribus bárbaras de las fronteras del noroeste hicieron incursiones al imperio. En ocasiones establecieron sus propias dinastías en parte o todo el territorio.

² Los datos biográficos e históricos fueron encontrados principalmente en: Frodsham, J. D. y Ch'eng Hsi, *Chinese Verse*, Oxford, London, 1967; Giles, Herbert, *A Chinese biographical dictionary*, Literature House, Taipei, 1964.

A la larga, a pesar de los esfuerzos por conservar su identidad, se sinificaron en mayor o menor grado, y acabaron por ceder su poder a los chinos mismos. Los versos de Cai Yan nos dan una idea de lo que significaban esas incursiones en la carne y la psique de los chinos que los sufrieron directamente, como sólo nos lo puede hacer sentir una obra de creación. Aquí está toda la angustia, el miedo, el dolor y la furia del ser humano privado de su libertad y sometido a la crueldad irracional de sus semejantes.

VERSOS DE DOLOR E IRA

CAI YAN

Cuando Han al fin dejó caer poder y autoridad,
 Dong Zho trastornó el orden celestial,
 urdió usurpar el trono y asesinar al soberano.
 Primero aniquiló a todos los hombres de estado probos.
 Forzó a todos a marcharse a la antigua capital
 y puso nuevo emperador para fortalecerse.
 En todo el imperio surgió un ejército justiciero
 que junto aplastaría al desdichado.
 Las huestes de Zho llegaron del este,
 su armadura de metal brillaba bajo los rayos del sol.
 Los soldados de la llanura eran débiles.
 Los invasores, todos de Hu y Qiang,
 hicieron cacería en el campo y sitiaron la ciudad.
 Pereció o fue destruido todo en su camino,
 decapitaron y cortaron en dos sin dejar siquiera herederos,
 quedaron cadáveres y huesos apoyados unos sobre otros.
 De los costados de los caballos pendían
 cabezas de hombres,
 y sobre las ancas cargaban a las mujeres.
 Largo galopamos hacia el oeste, penetrando el paso de la
 El camino sin fin era escabroso y lleno de peligro, {sierra
 y cuando tornaba la cabeza para ver borrarse la lejanía,

se me deshacían las entrañas.
Entre todos éramos muchos miles,
No nos permitían juntarnos,
y si por azar había parientes juntos,
deseando hablar no se atrevían a decir palabra.
Cuando por el menor descuido les disgustábamos,
inmediatamente gritaban: "Matemos a los prisioneros,
¡deben sentir el filo del cuchillo!
Nosotros no vamos a perdonar sus vidas".
¿Quién querría prolongar la vida
bajo sus insoportables injurias y maldiciones?
Algunos nos daban palizas y
el odio se mezclaba con el dolor.
De día marchábamos entre lamentaciones y lágrimas;
de noche nos sentábamos rodeados de gemidos y congoja.
Queríamos morir sin poder lograrlo.
Queríamos vivir sin tener por qué.
¿Cómo podía ser tan insensible el poder celestial,
al depararnos estos sufrimientos y calamidades?
Las fronteras yermas no son como China.
La gente, burda y escasa de moralidad y principios.
Es un lugar donde abunda la escarcha y la nieve.
El viento bárbaro del norte soplaba en primavera y verano,
agitando mi ropa
y silbando en mis oídos.
El tiempo me hacía recordar a mis padres,
y mis lamentos y sollozos no tenían fin.
Cuando un viajero llegaba desde lejos,
siempre me alegraba oírlo.
Lo recibía y le preguntaba sus noticias,
pero nunca era de mi tierra.
Con el tiempo la suerte inesperadamente cumplió mi deseo.
Llegaron a buscarme de parte de mis parientes.
Logré mi libertad,
pero tenía que volver, abandonando a mis hijos.
Era natural que estuvieran atados a mi corazón.
Pensé en la separación, en ya no volvernos a encontrar,

vivos o muertos, perversamente alejados para siempre.
No soportaba despedirme de ellos.
Mis hijos se me echaron al cuello, preguntando:
“¿A dónde va nuestra madre?
Dicen que tiene que irse.
¿Cómo podrá jamás volver?
Mamá, siempre justa, buena y comprensiva,
¿por qué ahora es tan cruel?
Todavía no somos hombres crecidos,
¿Cómo no vuelve la cabeza y piensa en nosotros?”
Mirándolos se me deshicieron las entrañas.
Mi confusión se volvió demencia.
Gritaba y lloraba mientras los acariciaba.
No bien había emprendido el viaje cuando volví de nuevo,
Se reunieron mis compañeros de cautiverio, [dudando.
para encaminarme y decirme adiós,
envidiándome, la única que lograba regresar.
El ruido de sus gritos y lamentaciones me desgarraba
e hizo que los caballos se quedaran parados, indecisos
y el coche sin rodar por el camino.
Todos cuantos miraban suspiraban o sollozaban
y los transeúntes lloraban también.
Tuve que partir cortando los lazos de mi amor.
La premura aumentaba la distancia de cada jornada.
Adelante, adelante, tres mil leguas.
¿Cuándo nos volveríamos a reunir?
Recordaba a los hijos de mi vientre
y mi corazón se despedazaba.
Cuando llegué a casa, mi familia ya no existía,
no sobrevivía nadie por parte de mi padre ni de mi madre.
La ciudad se había vuelto colina y bosque.
En el patio, bajo los aleros crecían los abrojos y la artemisa.
Huesos blancos de no sé quién
yacían esparcidos insepultos.
Al salir no oía una voz humana,
sólo el aullar y los ladridos de los lobos.
Huérfana y desolada quedé frente a mi sombra solitaria.

Un grito de angustia sacudió mis entrañas.
Subí a una colina para mirar la lejanía
y de repente fue como si el alma se me hubiera volado,
y la vida se me acabara.
Los que me rodeaban me animaban,
por eso me obligué a seguir viviendo.
Aunque viviera ¿en quién podría apoyarme?
Entregué mi vida a un nuevo hombre,
agoté mi corazón para alentarme a seguir.
El errar por el mundo me ha rebajado y vuelto despreciable.
Muchas veces temo que me vuelvan a rechazar y me desechen.
¿Cuánto puede durar una vida,
para llevar durante toda ella esta tristeza?